

# FE Y EXIGENCIAS SOCIALES

## I. líneas bíblico-teológicas

“La fe cristiana no puede quedar reducida a un simple acto intelectual de aceptación de las verdades reveladas”, ni la verdad revelada “se reduce a una serie de enunciados abstractos” (1). La fe cristiana no es cuestión sólo del entendimiento, ni del corazón o del sentimiento sólo, ni siquiera es cosa de sólo el hombre, sino una relación personal entre el hombre y Dios. La fe parte de una operación cognoscitiva: la aceptación del ofrecimiento de salvación hecho por Dios, o en nombre de Dios; pero este *conocer* implica una postura vital del reconocimiento de la propia incapacidad para llegar a la plenitud existencial, y el reconocimiento del poder de Dios para llevar al hombre al logro total de su destino.

La fe supone, pues, una actitud vital en que el hombre acoge el misterio de la existencia y revelación divina, y como persona que es, da a Dios esa respuesta libre y responsable que El está esperando. La fe relaciona, religa, ata vitalmente al hombre con Dios. ¿De dónde surge esa dimensión social en nuestra fe, que ahora se nos exige vitalizar y proyectar?

### el DIOS vivo . . . en el prójimo

Dios, objeto de nuestra fe, polo determinante de nuestra actitud vital. Es lógico que si nuestra fe tiene una dimensión social, ésta le ha de venir últimamente de Dios, de la concepción más verdadera y exacta que tengamos de El.

## j. alcaraz

“Redimir la doctrina bíblica de Dios de la disolución metafísica en que está suspendida, supone una de las más importantes exigencias teológicas de nuestros días” (2). No cabe duda de que el Dios con el que nos ha puesto en contacto nuestros manuales de apologética ha descansado más en el raciocinio griego que en la revelación viva de la Biblia.

Y a Dios no podemos concebirle exclusivamente, empobrecedoramente, como el metafísico Primer Motor, o Acto Puro, último eslabón de una cadena de esencias, de sustancias aisladas en sí mismas, que necesitan de El para tener consistencia. Sería un dios-esfinge para espíritus fríos, tan trascendente que se nos pierde en la infinitud azul, dejándonos en la soledad de nuestro vacío.

El Dios bíblico, Yavé, es un Dios *vivo*. Un verdadero israelita no hablaría nunca de Yavé en términos metafísicos. . . nos diría simplemente lo que Dios *ha hecho*: les sacó de Egipto, tierra de esclavitud. La verdad para un israelita no descansa en el mundo platónico de las ideas; Dios es la verdad porque *ha cumplido* sus promesas, porque los ha librado de la cautividad. El Dios bíblico es un Dios histórico que, sin perder nada de su transcendencia infinita, está sin embargo infinita, íntimamente cercano al hombre, a su historia, a su que-hacer.

En el constante diálogo Dios-hombre, clave de una vida de fe, éste oirá insistentemente la vieja pregunta de Dios:

“¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de él?” (Gen. 4,9). “Hay una línea profética que atraviesa toda la Biblia, según la cual al hombre se le va reprochando constantemente el intento de inventar un atajo para ir directamente a Dios, sin pasar antes por el prójimo”. Es una espiritualidad de la sola transcendencia, que acaba refugiándose en el templo, como lugar de la seguridad total, la “seguridad litúrgica” (3). Esta será la gran purificación y revelación profética: el descubrimiento del hombre como mediación salvífica: “Cuando alzáis vuestras manos, yo aparto mis ojos de vosotros; cuando hacéis vuestras muchas plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Laváos, limpiáos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda” (Is. 1,15-17).

No se trata de una predicación anecdótica sobre ricos y pobres; hay una verdad que se está revelando detrás de sus palabras: las relaciones interhumanas tienen en sí mismas una relación directa, ineludible, al Dios mismo, determinando así la salvación o condenación humana. Hay que acabar con la aberración de los que “sacrifican un buey, y matan un hombre” (Is. 66,3). La expoliación, el abuso de la indigencia del pobre, el no hacerle justicia, lleva consigo un olvido de Dios (Ez. 22,12), que es a quien últimamente se hace la injusticia: “¿No habré de pedir os cuenta de todo esto?, oráculo de Yavé” (Jer. 9,9).

Se está presintiendo la frase evangélica: “cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis” (Mt. 25,40). Será la posterior literatura sapiencial la que dé un paso más en su formulación con respecto a los profetas: “El que insulte al pobre, insulta a su Hacedor” (Prov.

17,5). Esta identificación o presencia de Dios en el hombre nos explicará que el amor sea el testamento nuevo que nos deje Cristo.

¿Quién no conoce el lugar tan central que ocupa en el Nuevo Testamento el amor al prójimo? Bastará recordar la asimilación que hace el mismo Cristo de los dos mandamientos, asimilación del amor a Dios y al prójimo; un prójimo que no es sólo mi hermano o mi amigo, ¿qué mérito hay en ello? (Mt. 5, 46), sino que se extiende hasta el enemigo, hasta los que nos están separados por barreras de creencias o de odios tradicionales( cf. la “lección” del buen samaritano, Lc. 10, 25 ss.).

Pero un amor que no puede quedarse en narcisismos afectivos o sentimentales: “Véte y haz tú lo mismo” (Lc. 10, 37). Tal será la señal externa, el testimonio que han de dar sus discípulos, “en esto os conocerán. . .”, pues así quedará de manifiesto que “el amor con que tu (Padre) me has amado está en ellos y yo en ellos” (Jn. 17,26).

Recogiendo el conocido título de Schillebeeck, diríamos que, gracias a la revelación de Cristo, el prójimo, el hombre, se nos convierte en el “sacramento del encuentro con Dios”, en su transparencia insustituible. Revelación nueva, inesperada, que no basta entender sino que hay que ponerla en práctica; práctica cuya dimensión salvífica —no en vano el amor es la plenitud de la ley (Mt. 7,12)—, queda bien de manifiesto en Mt. 25, 31 ss.: quien pregunte entonces extrañado: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos?”, es que no ha llegado a comprender las exigencias sociales de su fe.

### el hombre: un ser en el mundo

La fe desencadena un diálogo vivo entre el hombre y Dios. Las característi-

cas y exigencias de este diálogo, las exigencias de esta fe, vendrán también en parte determinadas por el concepto mismo que tengamos del hombre y su existencia.

También en el terreno del humanismo cristiano, la filosofía pagana griega, ha dejado su influencia, más que la concepción humana reflejada en la Biblia. Clásica se hizo la definición —delimitación— del hombre como “animal racional”. No es difícil descubrir en el fondo de tal concepto vestigios de un dualismo no cristiano, que sumerge todo lo temporal y terreno en las sombras, efímeras, de un mundo ideal, inmutable y ultramoderno, creyendo así brindar la más cumplida victoria al espíritu.

Ya San Pablo tuvo que enfrentarse con cristianos “griegos” que repetían los viejos solgans epicúreos: “Los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos” (1 Cor. 6,13). Es decir: la vida es efímera, la dialéctica alimento-vientre es pasajera; lo que interesa es el espíritu que nunca muere, de ahí que la lujuria y otros excesos no puedan mancillar el espíritu, único heredero del juicio de Dios. La respuesta de Pablo, dignificando el cuerpo es clara y tajante.

Esta herencia helénica que desvaloriza la condición carnal, la presencia en el mundo material, la vida activa. . . dió origen —pasando en parte por exégesis discutibles—, a la doctrina del menosprecio del mundo, que durante tanto tiempo ha sido dominante en nuestra espiritualidad cristiana.

Busquemos más bien la concepción bíblica sobre la existencia del hombre en la tierra. Acudamos a las primeras páginas del libro sobre los orígenes —el Génesis—, y nos sorprenderemos de la identificación que se da allí entre la tarea religiosa del hombre y su compromiso creador ante todo lo terreno.

La obra de la creación en la Biblia no se da por acabada para Dios hasta el momento en que, creado el hombre, éste empieza su labor de socio de Dios en la ordenación del caos. Dios “pone nombre” sólo a aquellas cosas que no están al alcance del hombre y que constituyen su condicionamiento objetivo: la luz, las tinieblas, el continente, el firmamento, la masa de las aguas. . . y luego se asoma expectante ante la sorpresa de la acción humana: “Y trajo Dios ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, *para ver cómo los llamaría el hombre*” (Gen, 2,19). Para un israelita “poner nombre” significaba tener poder sobre dicha cosa (Gen. 1,26), y es aquí donde se da concretamente la semejanza divina del hombre —su condición esencialmente religiosa— que consiste precisamente en este poder autóctono y creador con respecto a la evolución y a la vida ascendente del cosmos histórico (4).

Ser-en-el-mundo no significa ya para el hombre una mera denominación accidental, decorativa, testigo mudo e indiferente del drama temporal de su salvación; no es estar frente al mundo, ni rodeado por él, sino *estar en el mundo* en una relación de constitución recíproca. En otras religiones religarse con Dios equivale a renunciar o aminorar la tarea de la construcción humana y mundana; no han logrado salir del dualismo primitivo. En la religión bíblica, por el contrario, la propia dimensión religiosa consiste en su responsabilidad sobre la construcción del hombre y del mundo. En la Biblia, la materia y el tiempo se toman tremendamente en serio.

No nos es posible recorrer toda la Biblia para encontrar siempre esta mística del compromiso. Bástenos recordar un hecho fundamental en toda la Biblia —símbolo del gran acontecimiento salvífico: la resurrección de Cristo— la liberación israelita de la cautividad egipcia.

Su situación allá no puede estar mejor descrita en el Exodo. Temeroso el faraón del número y poder del pueblo israelita, arbitra contra ellos la más perfecta e injusta alienación laboral: "Pusieron sobre ellos capataces que les oprimieran con onerosos trabajos. . . haciéndoles amarga la vida. . . obligándoles con dureza a ejecutar cuanto les imponían" (Ex. 1,11.14). Estamos muy lejos del genesiaco concepto del trabajo, expansión creadora de la personalidad humana. ¿Qué piensa Dios de esta situación angustiada en que ha caído su pueblo? ¿Les enviarán sacerdotes y profetas a predicarles una resignación pasiva, proponiéndoles como meta final la felicidad celeste en una existencia de ultratumba? No. Dios ha escogido ya a su profeta, Moisés, a quien impondrá un auténtico proceso de redención por la encarnación. "Os libraré de su servidumbre. . . os introduciré en el país que juré a Abrahán, Isaac y Jacob, y os lo daré en patrimonio" (Ex. 6,5-8).

Recordemos también a los profetas, dirigentes religiosos del pueblo. No eran de ninguna manera hombres que hubieran de la realidad, sin preocuparse más que de "las cosas del espíritu" en el sentido helénico. Ya aludimos al sen-

tido comprometido de su predicación, poniendo de relieve la dimensión salvífica de las relaciones interhumanas y del orden temporal.

En los primeros años del cristianismo, las reminiscencias de filosofías griegas tenderán a viciar el auténtico sentido de la escatología cristiana. Ya vimos a Pablo enfrentarse con los de Corinto. Ahora con los de Tesalónica; Pablo comprende la tentación de relacionar la esperanza humana con un premio trans-histórico, corriendo así el peligro de debilitar el valor intrínseco del trabajo humano. Su reacción llega incluso a hacerse casi violenta (1 Tes. 4, 1-12).

"El hombre justificado, portador del Espíritu, lejos de llevar en sí un germen de alejamiento del mundo y de su historia, constituye el "comienzo primicial" de la definitiva "redención" del cosmos; "redención" que claramente supone, no una negación, sino una sublimación de la materia (Rom. 8,23). El Espíritu no recae en el hombre para desarraigarlo de su medio natural y transportarlo a unas regiones etéreas; sino todo lo contrario, para hacerle posible el itinerario intracósmico hacia la propia realización existencial" (5).

## II. reflexión en nuestra situación actual (6)

### j. I. cambreleng

Visto en la Biblia que Dios habla por los acontecimientos, revela a través de ellos su Mensaje de salvación, nos resta analizar la perspectiva concreta de los acontecimientos en que se produce hoy la llamada divina. Ello viene exigido para una respuesta adecuada, la fe.

Hoy se da una etapa histórica que produce un nuevo acontecimiento de nuestra respuesta. Es necesario una com-

prensión de los signos de los tiempos, el contexto histórico y sociológico en que se produce, la conciencia que el Señor suscita en su Pueblo.

La circunstancia más radical, en nuestra sociedad y en nuestro ahora, se emplaza en la nueva concepción de la persona. Ante el acontecimiento de una sociedad pluralista y masificadora, en la que el ser humano corre el riesgo de

convertirse en un número, el Dios Persona suscita en nosotros una llamada a personificar nuestra respuesta —nuestra fe— dentro de los condicionamientos socio-culturales-políticos-históricos que caracterizan a la “persona” en nuestros días.

## lo que la persona no puede ser

No es un individuo aislado, un número en serie, un átomo inconsciente y anónimo. No es un robot al que se le somete a un aprendizaje y se le incardina como una pieza más en la gran máquina estructural de la sociedad, identificándola con su función a cumplir. Así sólo se consigue una masa de seres anónimos, aún para sí mismos. Seres irreflexivos, a los que se les ha obligado a considerarse como objetos del mercado y de la propaganda, de la explotación y la sumisión.

A esta situación grave, se suma hoy en día, una sociedad despersonalizante, en la que sus dirigentes, sus medios de propaganda, aún sus pretendidos “intelectuales”, en lugar de suscitar verdaderas vocaciones hacia una plenitud humana, propagan el escepticismo, el engaño, el oportunismo, etc. Ocultan además bajo una capa de “principios moralizantes” el desorden pretendido. Pero una sociedad en la que la persona no cobra su principal valor, se convierte en una masa de seres.

Por este camino, la fe del Pueblo de Dios no puede encontrar su término. Sólo por una auténtica fe adulta, personal, con todo lo que la persona tiene de social, se logra el encuentro vivo de Dios con su Pueblo, la salvación del mismo.

## características de la persona

La persona se suscita por todo lo contrario de un aprendizaje y amaestramiento. En la respuesta a una llamada es donde ella se coloca en ruta de una autoconsciencia de sus actos, de una

responsabilidad y libertad y, sobre todo, de una respuesta a las exigencias de los demás.

Se producen en la persona dos movimientos esenciales: interiorización y expansión. Ambos son indisociables. Sólo logra una auténtica interiorización cuando se expande hacia los demás y, la presencia de los otros *tú* le hacen tomar conciencia de *yo-profundo*, le responsabilizan en sus decisiones y opciones. Igualmente es imposible una expansión sin una interiorización radical, sin un poseerse a sí mismo, sin un tener nada que entregar.

Entabla así una batalla incansable por superar la continua alienación —que le hace ajeno a sus propias y más profundas tendencias— para no emplazarse en una meta alcanzada y no cristalizar en una forma concreta. Batalla por la liberación, tras la única libertad que se le ha entregado a la persona, la de aportar amor al mundo, o la de crear división y desunión. Esta lucha no conoce término.

La persona, por todo ello, no se presta jamás. Podrá entregarse o rehusar esa entrega, pero siempre será consciente de sus actos y responsable de ellos. La persona es lo que en un ser humano no puede ser *utilizado*. Peco contra la persona si la trato como un objeto o instrumento, desesperando así de su capacidad más profunda de autodeterminación.

La madurez de la persona se suscita cuando responde a una situación dada, afrontándola y comprometiéndose efectivamente, asumiendo la responsabilidad conjuntamente ante sí mismo y ante los demás. La abstención, el aislarse de las circunstancias de su entorno, el intentar salvarse aisladamente, —además de ser una ilusión, pues sus reacciones influirán *siempre* en los demás—, sólo le conducirán a una inconsciencia despersonalizante. Sólo entregando la propia persona, comprometiéndola, se

llega a la característica más profunda de su ser personal: la disponibilidad.

El ser disponible se opone al que está ocupado o atareado consigo mismo. Está tendido hacia fuera, listo para consagrarse a una causa que le sobrepasa, pero al mismo tiempo hace suya.

Todo ello nos lleva a afirmar que sólo me instauro como persona, en la medida en que creo en la existencia de los otros y esa creencia tiende a dar forma activa a mi conducta. La persona no se realiza más que en una comunidad de personas, donde la presencia de los otros *tú* le abre a la entrega. Pero una *comunidad* no es una multitud, una masa. No se une a los hombres sino por sus vidas interiores. Tiene que surgir un *nosotros*, donde cada miembro descubre a los otros como *tú* y los trata como a tales, los respeta sin degradarles en un objeto que le es útil, en un *él*.

### dificultades de hoy

Hemos apuntado aterriormete la dificultad de integrarse en una comunidad de personas, hoy en día, dada la sociedad de masas que nos rodea. Más grave aún la tendencia de unos pocos, pequeñas élites, a personalizarse aislada y, por ello, falsamente. Debemos recordar, que es imposible un auténtico acceso a la personalidad, si *todos* no poseemos, al menos, la posibilidad *real* de acceso a ella. Mientras queden algunos que sigan siendo tratados como objetos al servicio de los *demus*. es irreal la comunidad de personas, el *nosotros* personalizador.

“El mal pernicioso del régimen capitalista burgués no es el de hacer morir a los hombres, sino de ahogar en la mayor parte de ellos, o por la miseria, o por el ideal pequeño-burgués, la posibilidad y aún el gusto de ser persona. El primer deber de todo hombre, cuando millones de hombres

son así desplazados de la vocación de hombre, no es salvar *su* persona (cuidaría más bien de alguna forma delicada de su individualidad si se apartara de este modo), sino comprometerla en toda acción, inmediata o lejana, que permita a estos proscritos el ser de nuevo colocados delante de su vocación con un minimum de libertad material. La vida de la persona, ya se ve, no es una separación, una evasión, una alienación; es presencia y compromiso”.

(Emmanuel Mounier: “Manifiesto al Servicio de Personalismo”. I, p. 526).

La característica de persona, es lo más fundamental del hombre. Nos compete a todos. No podemos inhibirnos de esa tarea común. Colaborar o permitir, al menos, que se trate a los demás como unos objetos, es algo que nos degrada a nosotros mismos.

Surge entonces la idea básica de la sociedad de nuestro tiempo: la IGUALDAD, como posibilidad *real* de todos de acceso a la personalidad, y la JUSTICIA como instrumento vivo y eficaz que regule nuestras relaciones, aún las de amor.

En esta perspectiva, las DESIGUALDADES existentes entre los hombres de nuestro tiempo, los PRIVILEGIOS Y OPORTUNISMOS, obtienen su punto base de enjuiciamiento. Toda situación de injusticia viene provocada, en su perspectiva social, por una situación de privilegio. Se da la preeminencia de un individuo o grupo sobre otros —ordinariamente los más— que son tratados como objetos de mantenimiento de esa situación privilegiada. Estamos hoy tan acostumbrados a estas situaciones que a veces las hacemos compatibles con las más brillantes declaraciones de principios sobre la justicia y la igual-

dad de todos, sin que este desajuste entre las ideas —a veces nuestra fe— nuestra vida, produzca en nosotros la más mínima turbación.

Para obviar cualquier objeción que en este punto puede hacérsenos sobre las DIFERENCIAS debidas a diversas cualidades particulares de los individuos, o al trabajo personal, creemos poder afirmar que estas diferencias dejan de ser un privilegio, en el sentido anteriormente dado a este término, cuando cumplen estas tres condiciones: —Que se deban únicamente al mérito personal reconocido. —Que hayan sido conseguidas en un contexto de igualdad *real* de oportunidades. —Que haya llegado a esa situación sin explotación directa o permitida de ninguna otra persona. Purificadas estas tres condiciones, simultáneamente se eliminan por sí mismas las posibles desigualdades excesivas y los privilegios provenientes, no del valor de la persona, sino de los grupos sociales o culturales, del sexo, la raza, el color, la lengua, la religión, la nación, o cualquier otro valor extrínseco a la persona.

## conclusión

Nuestra fe nos exige un vivir íntegramente nuestra personalidad, como condición inalienable para poder dar una respuesta total a la llamada de Dios, en nuestro tiempo, y en nuestra sociedad histórica. Respuesta que nos personalice y que colabore eficazmente a la personalización de los demás, en una marcha hacia la comunidad de un *nosotros*, de un Pueblo del Señor.

## notas

- (1) Exhortación del episcopado español sobre el Año de la Fe. ECCLESIA, 1 de Julio (1967), p. 27.
- (2) Cox, Harvey: *The Secular City*. Ed. Macmillan (Nueva York, 1966), p. 77.
- (3) González Ruiz, J. M. :“Una espiritualidad para un tiempo de incertidumbre”. CONCILIUM n. 19 (Nov., 1966).
- (4) Cfr. J. M. González Ruiz: *El cristianismo no es un humanismo*. Ed. Península (Madrid, 1966), p. 70. *et. passim*.
- (5) *Ibid.*, p. 89 ss.
- (6) Para una ampliación de la concepción apropiada de la persona, el autor se ha servido de un estudio sobre las obras de Gabriel Marcel y E. Mounier.
- (7) Cfr. el artículo de A. Van Melsen en CONCILIUM n. 26 (Junio, 1967) pp. 388-399.

Todo ello nos llevará en los siguientes artículos a un estudio concreto de la sociedad que nos rodea. Veremos en ellos, cómo se debe encarnar y comprometer nuestra fe en las exigencias de la llamada de Dios al hoy y al aquí. Una fe individualista, una moral derivada de ella, pierden su perspectiva en este contexto. Un derecho natural individualista, estático, adquiere muy poco sentido bíblico, cristiano y aún humano (7).

Los signos de los tiempos, la comprensión del mensaje divino, que deben condicionar nuestra respuesta, exigen un estudio de las leyes sociológicas. Así como cada vez se exige un conocimiento de psicología profunda, para la dirección acertada de una personalidad religiosa, igualmente se debe exigir un conocimiento o asesoramiento de las circunstancias sociológicas e históricas de nuestra fe. Sería un pecado, al menos de omisión, el que cualquier sacerdote o consiliario, militantes o simples cristianos, se abstuviesen de esta problemática, y siguieran encauzados en esa línea individualista y de fe desencarnada, tan poco cristiana.

Más grave aún serán las direcciones de ciertas fuerzas, pretendidamente vivas, de la Iglesia, que se dirigen actualmente por la vía de un espiritualismo angélico. Toda esa serie de intercambios espirituales, o círculos de espiritualidad que tranquilizan las conciencias, pero no las comprometen en una verdadera acción de construcción de un mundo justo y personal, están muy alejadas de la verdadera fe cristiana y su sentido revolucionario.